

La palabra *anarquismo* es imposible de definir. Comprende una rica (y a mi entender hermosa) tradición intelectual que retrocede a la ilustración y al liberalismo clásico. Comprende diversos movimientos obreros y sindicales nunca idénticos entre sí, como el extinto movimiento anarquista argentino, el socialismo libertario en España, y el anarco-sindicalismo norteamericano. Comprende una filosofía de vida, una postura clara, pero no dogmática, respecto de qué constituye una vida digna y qué valores son fundamentales para la felicidad del género humano.

Si a principios del siglo veinte los anarquistas eran (correctamente) considerados un creciente peligro, y el movimiento anarquista era temido y perseguido, los anarquistas contemporáneos son burlescamente tachados de soñadores sin causa y desestimados como sectarios e impotentes. Por lo menos, esto es así en Argentina, donde la historia del movimiento obrero anterior a 1946 fue borrada por el peronismo a fuerza de sangre, censura y propaganda.

Sin embargo, considero que el *core* del pensamiento anarquista es extremadamente valioso, que ser anarquista no implica necesariamente ser incapaz de pragmatismo, y que todos debiéramos ser al menos un poco más anarquistas en nuestras mentes y nuestros corazones. El segundo punto está probado si consideramos algunos anarquistas contemporáneos cuya distancia de la impotencia no podría ser mayor; e.g. Chomsky. Me propongo dar argumentos en favor del primer y el segundo puntos.

Rudolf Rocker escribió con precisión:

Anarchism is no patent solution for an human problems, no Utopia of a perfect social order, as it has so often been called, since on principle it rejects all absolute schemes and concepts. It does not believe in any absolute truth, or in definite final goals for human development

[El anarquismo no es una solución patente a todos los problemas humanos, ni la utopía de un orden social perfecto, como frecuentemente se lo ha llamado, pues rechaza en principio todos los esquemas y conceptos absolutos. No cree en ninguna verdad absoluta, ni en objetivos definitivos para el desarrollo humano.]

Al rechazar *en principio* todo esquema absoluto, necesariamente debe considerarse opuesto al personalismo que tan lamentablemente contamina el pensamiento político argentino. Debe abstenerse de dar una receta universal respecto a cómo resolver los problemas políticos, y considerar cada evento de la historia de manera relativa.

Anarchism recognizes only the relative significance of ideas, institutions, and social forms. It is, therefore, not a fixed, self-enclosed social system, but rather a definite trend in the historic development of mankind, which, in contrast with the intellectual guardianship of all clerical and governmental institutions, strives for the free unhindered unfolding of all the individual and social forces in life.

[El anarquismo reconoce sólo la significancia relativa de las ideas, instituciones, y formas sociales. Es, por lo tanto, no un sistema social cerrado, sino más bien una corriente definida en el desarrollo histórico de la humanidad que, en contraste con la tutela intelectual de todas las instituciones clericales y gubernamentales, lucha por el desenvolvimiento libre e inobstaculizado de las fuerzas sociales e individuales de la vida.]

En este sentido, el anarquismo es una expresión pura de dos inclinaciones intelectuales que considero fundamentales: el pragmatismo y el anti-dogmatismo. Para un anarquista, es imposible adorar a un líder, un dogma, o abrazar un determinismo puro. La pregunta fundamental es *cuáles son los hechos*: sólo a partir de un análisis lo más objetivo posible de ellos puede desprenderse la práctica. Un anarquista consecuente siempre está dispuesto a cambiar de opinión y no entretiene certeza absoluta respecto de nada.

Por otra parte, en la medida en que el anarquismo comprenda un amor irrestricto por la libertad, es evidente que un anarquista consecuente no puede ni debe transar con ninguna forma de tiranía. Esto es una terquedad justificada: o bien la política puede hacerse sin recurrir a la tiranía, o no debe hacerse en absoluto.

En los tiempos que corren, particularmente en Argentina, es importante notar que *ninguna* forma de tiranía significa precisamente eso: *ninguna*. La razón por la cual es importante señalarlo es que el nombre de libertarismo, que alguna vez perteneció al socialismo libertario y el anarquismo, fue usurpado por una corriente que no sólo no se opone a la tiranía del capital privado, sino que se somete servilmente a ella. La tiranía del Estado es un problema fundamental en todo el mundo, pero en países democráticos el público ejerce por lo menos un mínimo grado de influencia sobre el gobierno. Por otro lado, en todas partes sucede que el capital privado es inescrutable y imposible de influenciar. Si un liberal clásico como Smith o Rousseau observaran cuán concentrado está el poder en unas pocas manos privadas, sin duda se les revolvería el estómago. La oposición fundamental es oposición al poder concentrado: si éste recae sobre manos privadas o estatales es, en términos de principio, indiferente.

El socialismo libertario. Es un hecho casi auto-evidente que la libertad de todo individuo es insegura en la medida en que la libertad de alguno lo sea. Una sociedad en la que todos los individuos son libres es parte del interés individual de cada uno, incluso de aquellos que momentáneamente puedan beneficiarse del sometimiento de otros. Pero además de convenir a mi beneficio, el sentir que la libertad es un bien es algo natural, y desear el bien a nuestro prójimo también.

Todos los días, consideramos normal tratar a nuestras familias y amigos de manera desinteresada y solidaria, mientras consideramos que esta inclinación debiera ser intercambiada por un egoísmo bruto en el momento en que interactuamos con otros en una esfera social más amplia.